

Interludio etnográfico

LOS CHORRITOS

Creo que la única oportunidad que tiene España para mantener ese gran negocio del turismo son los jubilados, que son sensibles a las condiciones de seguridad. En España hay un excelente servicio de salud. Eso es fundamental para ese objetivo. Hospitales estupendos, buenos doctores. Hablo de un turismo de extranjeros de avanzada edad que compran apartamentos para venirse a morir aquí. [...] A mi me parece que si el futuro del mundo son los viejos, los ancianos, hay que decir que España está muy bien situada para ese futuro, es una buena noticia para España.¹

Rayos *luva* sobre la del turbante verde bajo el abuhardillado de la habitación de este complejo talasoterápico. De algún modo ilógico el balneario Cervantes recuerda, visto a lo lejos desde la carretera, al Fabrik, la mega discoteca *bakala* de Torrijos. Viejos climatizados y viajes medicalizados en plena Mancha arriera, Santa Cruz de Mudela, cómo reluce... En mi primera salida de compras turísticas con la hermosa AnaEva, ella me muestra los seres del cielo estrellado: Omega, Orión. AnaEva es verdaderamente el negativo de la artrosis, la fibrosis, la flebitis. Ella es su *tótem* profesional, sanadora de los barrios, las comunidades, las constelaciones. Esta tarde de domingo, para empezar, tenemos una sesión en la piscina 'activa' (¿?). Me viene a la voz todo el rato la canción aquella de los DD.AA. (Derribos Arias): *Branquias, bajo el agua / es el baile de actualidad... inmersión en la pecera / inmersión en tú pecera...*



Durante la comida preguntamos a una de las camareras que atienden el comedor del hotel y nos dice que éste es un balneario 'de los de toda la vida'. El manantial termal

original fue explotado en sus primeros tiempos por unos monjes, no sabe de qué orden. La jarra de agua que se incluye en el menú diario contiene líquido de esa fuente de San Camilo que hemos visto a la entrada del complejo, agua carbonatada y con un sabor gordito, majo, aunque no tan suave como el del ‘agua del Canal’, el Canal de Isabel II (CYII), el agua de Madrid.

Luego de nuestra primera inmersión en la gran piscina, me queda mucho más claro el concepto de *hidromasaje*, que tan elusivo me había resultado siempre al manejarlo sólo de oídas. Y también la famosa ‘talasoterapia’, fórmula algo más abstracta que también se ha ido concretado en los cincuenta minutos largos de circuito en el *jacuzzi* gigantesco (En cambio, lo de ‘termalismo social’, que, como todos los términos que incorporan el adjetivo de marras, huele a azufre administrativo-fiscal, no hay manera de concretarlo más allá de su perífrasis sarcástica: *caridad socialdemócrata*).

Tiene la piscina que llaman ‘activa’ un montón de aparatos y atracciones de lo más molón, la verdad. Están, por supuesto y ante todo, *los chorritos*. Se trata de pequeñas corrientes de agua a propulsión que salen de agujeros practicados en las paredes laterales de la piscina pudiendo proyectarlos uno mismo sobre distintas partes del cuerpo (tobillos, pantorrillas, corvas, rodillas, muslos, ingles –uuumm– riñones, omóplatos), según la postura u orientación adoptada por la jubilata vacacional y el jubilata vocacional. Siguiendo a continuación en el sentido de las agujas del reloj viene ‘El lametón’, que es una fina cortina de agua en caída desde un pequeño trampolín elevado sobre los hombros y la cabeza del bañista. El lengüetazo suave e interminable del líquido semigrávido desparasita mis humores más ciegos, los más cansados de vibrar continuamente con la fase electrónica preprogramada, aquellos que se esconden bajo el gorrito azul y blanco con el dibujo de dos delfines que es el logo del hotel. Luego está ‘El *Mäelstrom*’, un potente chorro de agua que sale del suelo en el medio de una especie de corralito lateral creado por un murete semicircular junto al borde de la piscina. Esta ebullición principal está rodeada de otras más pequeñas con orientaciones diversas, y el conjunto de borbotones, burbujas y pompas calentitas que aparecen en superficie produce la impresión de un pequeño volcán submarino que hubiera entrado en erupción. El bañista agarra con sus brazos, adoptando la posición del Cristo, dos de

las cuatro barras de metal que rodean en aspa el chorro principal y hace como que se debate entre la vida y la muerte en el mismísimo ojo de la tormenta de un minimaremoto artificial. Es buenísimo el *Mäelstrom*, ¡qué artificial! También están ‘Las tumbonas’, que te mandan chorros finísimos de agua fresca por todo el envés del cuerpo, y ‘Los rodillos’, que son asientos con reposacabezas que proyectan chorritos de agua a distintas presiones y temperaturas sobre las piernas, en los glúteos posaderos y en la espalda.

* * *

Universidad de Estocolmo: la techumbre de madera de la gran piscina central de este complejo balneario, con dos enormes guadañas cruzadas como dos falanges turcas, me ha traído a la memoria la Facultad de Económicas de la Universidad de Estocolmo, sede registral del Premio Nóbel del gremio bancario. Algo hay, sí, de sueco y de japonés, de extremos nororientales que se tocan, en el ambiente de este hotel sanatorio ciudadrealeño. El reposo del guerrero es el reposo del dinero.



Por la noche, AnaEva se convierte en AnaFátima: se despierta sobresaltada dando un grito. Intenta salir de la cama a toda leche, huye de algún verbo de aspecto horripilante que se ha formado, pliegue a pliegue, en su ardiente molondrín. Cuando le pregunto por el suceso en la mañana me dice que cree haber soñado que se caía por la ventana. Vago accidente de una infancia lejana. Alegre y juguetona, impresionante bellezón que no se explica por qué tiene esos sueños tan agitados. Qué graciosa es esta tía. ¡Nadie sabe *por qué* soñamos lo que soñamos! Nadie sabe lo que significan, qué nos quieren decir. Quienes aventuran una explicación también la *sueñan*. Pues desconocemos hasta el *cómo* de nuestros sueños. Cuando era pequeño, mi padre solía volver a casa ya muy

tarde de cortar piedra en la sierra. Traía las manos tan doloridas que la fatiga se le colaba bajo la almohada. Soñaba entonces que la montaña de piedra se le tragaba y daba unos gemidos largos y agudos que nos despertaban a todos los de la casa, mayormente a mi madre que dormía con él. La oíamos reprenderle, primero con maternal paciencia –“Ssschss... Ya...”–, luego con hartazgo que imaginablemente zarandeante –“Luiís... Luiiís... Luiiiiiiiís”–. Y ya al final, exasperada, a voces grandes calladas: “¡Cállate! ¡Pero cállate hombre! ¡Cállate ya!” El otro no sólo se callaba sino que estaba realmente como un cesto y así se quedaba hasta el día siguiente. Duerme, duérmete que estás dormido.

* * *

Ya es lunes. La noche del domingo (bueno, y la tarde también a excepción del breve paseo, la franja en la piscina activa y el rato de la cena) la pasamos encamados, queriéndonos como si no hubiera dios. Así que ahora, al comienzo de este segundo día de nuestra escapada termal de tres noches / trescientos euros por persona IVA incluido, estamos frescos como una rosa y su lechuguino. Dispuestos a lo que haga falta, relajarse incluso. En la sesión de la mañana toca una especie de circuito por distintas dependencias del balneario. En media hora, primer masaje. Ayer, al formalizar la reserva en la recepción de la sección balnearia del hotel, nos informaron que habríamos de elegir entre masaje de piernas o masaje de espaldas. Decididamente ¡esas manos a la espalda, señorita! La turbadora aturbantada debe estar ya dejándose amasar la suya entre manos anónimas, sin duda más expertas (pero no más golosas) que las mías. Me pongo a escribir estas notas después del desayuno –un buffet un tanto parentético, con zumo de bote y café de fontanero–, sentado en los sencillos silloncitos del descansillo que hay al final del pasillo de nuestras habitaciones. Mientras espero que las señoras de la limpieza del hotel terminen de hacernos la habitación, siento un deseo imperioso de abandonar el cuaderno y reiniciar una larga conversación pendiente con Mosén Roca. Aquí todo es placentero y sanito. Qué peligro, canta el enemigo del Josele, aquí siempre es domingo... *y empezamos a pensar otra vez en lo mismo...*

Desayunado, cagado, escrito, no ha llegado ni a medio minuto la espera a la masajista junto al puesto de control que da acceso a la parte de balneario, en la planta principal.

¿Javier Izquierdo?, me pregunta una chavala regordeta, con mechadas en el pelo, que me viene enfundada en una bata blanca. ¿La masajista? Sí. ¿Me acompaña? Atravesamos un pasillo y entramos en una cabina de baño.

- ¿Espalda o piernas? Es-... palda... Espalda, espalda.

- ¿Le suele doler la espalda?

- No, sólo a veces cuando juego al tenis. Vamos, cuando pierdo. Pero no generalmente.

- Pues aquí tiene el albornoz y se echa ahí, boca abajo.

Me hace un sube y baja manual de veinte minutos por la espalda con el aceitito y tal, trazando sus caminitos, dándome sus cachetitos, sus collejitas, sus tiras y aflojas, su por aquí y por allí, paralelos y perpendiculares, rotaciones y presiones, *el cruzáito, el Maikelyasson y el Robocop*. De fondo, como gotas de un piano de agua de una vieja nueva era, caen las notas de un sintetizador electrónico. Muy, muy relajante.

- Le dejo unos minutos, me dice mientras me echa una toalla por la espalda.

Sale de la habitación y me concede un ratito de ensoñaciones. En mi delirio termal, veo un concepto, *economista estadounidense de raza judía*, a través del que creo poder penetrar dentro de la paranoia del campeón de ajedrez chiflado que acaba de entregar la cuchara en la helada y termalísima Islandia. *If you're so smart why are you rich?* Estando en estas, entra de nuevo la masajista en el cubículo. Ya está, ya puede salir, me informa. “Me había quedado medio frito”, digo incorporándome. Ha sido fantástico, señorita, de verdad, es usted muy hábil. Gracias, muy amable. Así es como sucede todo en esta vida: el prostíbulo y el balneario a mil kilómetros de distancia. La masajista y la prostituta, a escasos centímetros. Concisa, amistosa es la conversación entre el profesional y la cliente en este tipo de negocios cuya cima ocupa el viejo burdel de toda la vida, manantial termal de la civilización urbana y técnica.

(Unas páginas más allá del reportaje sobre los últimos días de Bobby Fisher, el periódico traía también, en primicia, unas páginas de *Testo yonqui*, el nuevo libro de la chamana *queer* Santa Beatriz de Burgos. Incauta sometida al blando poder de los

chorritos, flotando entre algas y pompas lejos de los túneles del metro y los cubículos para becarios, Bea alucinará por primera vez, durante su estancia turística en un establecimiento de talasoterapia, con “el *curioso* mundo de la feminidad” donde reinan esas detestables *madamas* de provincias cuya burda manera convencional de vivir tanto detesta. «Miro ese lugar con menosprecio: la decoración, las bio-mujeres que esperan para hacerse una limpieza facial me parecen faltos de todo estilo, de inteligencia, de sobriedad. Me provocan ansiedad. Mi cultura lesbiana radical de izquierda me previene contra ese tipo de hedonismos de género. Estoy de lleno en esa aflicción política cuando otra joven viene a buscarme. Pienso en decirle inmediatamente que, a pesar de lo que pueda pensar, no soy simplemente bio-mujer, que soy trans, que es la primera vez que vengo, que no sé exactamente por qué vengo a hacerme una manicura, pienso en preguntarle si el procedimiento para hacer una manicura de hombre y de mujer es el mismo, si los productos son los mismos. Pero ella me sonrío amablemente avanzando hacia otra habitación interior y yo no soy capaz de emitir una sola de mis frase.»² Las señoras de toda la vida, esas despreciables zorras hijas de puta, la desclasada bajeza, la fea incultura y gelidez tenebrosa de los primeros días traseros, se le aparecen ahora al héroe, bajo la luz oceánica del balneario, como un inteligentísimo ejército de agentes clandestinos: discretos números sonrosados y rubios de bote de una agencia planetaria paralela del hedonismo heterodoxo. Ridículo e hilarante como ninguno, el momento del redescubrimiento de la rueda: «¡Me está haciendo una paja contra-sexual al brazo!», exclama la santa sorprendida en el trance de recibir un lento masaje en una mano de esos que llaman “drenaje linfático”. El episodio parece sacado de una viñeta del TBO. El ambiente de los chorritos mueve al bueno de King Preciado a congraciarse de algún modo con su condición bio-femenina, verdadera parte maldita del marimacho desvergonzado.)

Después de un paseo juntos de la mano siguiendo la línea del tren hacia el pueblo —el balneario está a unos cuatro kilómetros de la plaza del ayuntamiento—, hemos vuelto a por la segunda tanda vespertina de servicios acuáticos contratados con antelación. Se inicia con un baño en una salita donde han dispuesto dos enormes bañeras llenas hasta los topes con el agua del manantial balsámico de los monjes de la Santa Cruz. (Descubiertas sus propiedades terapéuticas en el siglo XVIII, según cuenta un panel informativo que hemos visto colgado en uno de los pasillos de acceso a la zona de

piscinas, en el año 1911 fueron declaradas como de utilidad pública estas aguas freáticas). Inmersos en el agua caliente, carbonatada y ferruginosa, somos dos abstraídos buñuelos de carne roja a la romana respirando por todos los poros. Flotamos leves como dos barquitos amarrados, los personajes de una de esas marinas hiperrealistas a fuer de impresionistas que pintaba, casi clandestinamente, el dueño de cierto bar de Palamós que conocí una vez. Al rato nos toca en la puerta una de las masajistas. Entreaire y asoma la cabeza: nos mandan llamar. Dejen ya lo del ‘baño de concentración’ y pasen a las dos últimas pruebas del día: El Chorrizo y La Ducha Circular.

El chorrizo parece salido de *El Acorralado*, la primera película del soldado Johnny Rambo creado por el actor italo-americano Sylvester Stallone. En aquella primera película de la saga había una escena al principio cuando a Rambo lo detienen unos policías de pueblo y, antes de meterle en la celda popular, le desbrozan sus miserias a manguerazos de agua helada a presión. La diferencia balnearia es que el agua sale aquí calentita y con la fuerza apropiada para regarle los rosales del jardín a Blancanieves. La que te enchufa el manguerazo no es un *redneck* abusón, el proverbial paleta de la *small town America*, sino una especie de auxiliar de clínica venida a menos la muchacha (o a más, según se mire). El caso es que ayer vimos a Sly en la tele promocionando la nueva secuela de la serie en el césped del Bernabeu, el tío asqueroso. Al poco se nos volvió a aparecer, más simpático, bueno, novato total, viendo *Bananas*, película mala-malísima del Woody Allen.

La ducha circular, por su parte, parece sacada de otra *pini*, pero en este caso una de ciencia ficción. Podría ser la de la escena de la ducha de *Blade Runner*, con la replicante interpretada por Johanna Cassidy y su serpiente de diseño genético de pega. Uno se pone aquí en medio de una estructura anillada, tipo caparazón, semiesférica, hecha de canutillos de metal paralelos que te abrazan el cuerpo a un palmo de distancia. Los canutillos están agujereados por todas partes para que salgan chorritos de agua caliente –de cintura para arriba– y fría –en las piernas–. *El Cortador de césped meets Aquaman*.

Mientras espero que AnaEva –al escribir me sale todo el rato AnaFátima, que es el nombre de mi *ex*– acabe su sesión, llega una viejecita que intenta colgar una bolsa de plástico de esas que te dan en los supermercados para que te lleves la compra a casa, en

una de las perchas de la sala de espera terminable. (Un tipo muy curioso, un asturiano criado en los EE.UU., se me acercó una vez hará unos años en el patio del Parador de Santa Cruz de la Palma mientras tomaba una copita de orujo después de cenar. Me habló, con una voz profunda que me recordaba a Jorge Martínez, el de Ilegales, el grupo de rock de Oviedín, sobre el que tal vez sea el asunto menos interesante del mundo: el negocio de las bolsas de plástico. Resultó que el hombre distribuía en exclusiva estos productos (a entre a 1 y 5 céntimos de euro la unidad) entre las principales cadenas de supermercados implantadas en el archipiélago canario. Me ilustró con gran pormenor sobre técnicas de fabricación y estructuras (por lo que parece, hay varias patentes de fabricación de macropolímeros que tratan de atacar los problemas ortogonales del rasgado horizontal y vertical de una bolsa cargada en exceso), así como en materia de modelos de suelo reforzado, modelos de asa reforzada, tamaños, costes unitarios y cómo reducirlos, tarifas especiales y descuentos para la venta al por mayor. Todo un mundo el de las bolsas de plástico). El caso es que la viejita no llega a la percha porque está bastante alta pero se muestra tremendamente arrojada en sus intentos: pega saltitos y lanza las breves asas de la bolsa hacia el gancho de metal de la percha. Sin éxito. Me acerco a ella y le digo, “Permítame”. Cuelgo su bolsita en la percha. Gracias, dice seria, pero luego me habla con gran desenvoltura: “Es que tengo los dos brazos rotos.” Jo-der. Le pregunto si es de la zona, de por aquí. No, responde, vengo de San Sebastián. (De los Reyes, intuyo por su acento, Madrid Noreste). Cuenta viene al balneario desde hace tres años con un grupo de pensionistas de Sanse. Se pasan aquí doce días –¡doce días!– por cuenta del Programa de Termalismo Social del Imserso.

Qué bien, entre semana, finales de enero, ¡vamos a estar solitos los dos en el balneario!, le solté ilusionado ayer al bajar del tren a AnaEva –y dale con AnaFátima: AnaEva, AnaEva. Seguro que sí, dice, a no ser que este sitio esté dentro del circuito del Imserso... Que no creo. Justo entonces, la *furgaya* monovolumen que venía a recogernos a la estación estaba cargando ya a tres bultos con forma de abuelita. A ver si va a estar... Estaba. Y tanto que estaba: esto está infectado de viejecitos del Imserso que pasan aquí sus vacaciones invernales. Así pues hemos ido a parar en medio del magno proyecto de futuro de los campeones de la industria nacional, pleno corazón del turismo jubilar hispano.

Le digo a la viejecita de Sanse, cuando me estoy yendo ya de las duchas, que le van a salir branquias. Y no me entiende. Que se va a convertir en pez, señora. Se ríe y sale derecha para la ducha circular donde se convertirá, por unos segundos, en una mutante de la era nuclear. Jubiladitos ibéricos a la romana, benditos seáis.

* * *

Según puede leerse en la página web del Imserso³, la primera convocatoria del programa de Termalismo Social en su versión actual data de una resolución de enero de 2006. Se cumple ahora por tanto la tercera edición. La medida tiene como finalidad proporcionar a los pensionistas «que por prescripción facultativa lo precisen» tratamientos balnearios «a precios reducidos.» El organizador y pagador es el Excelentísimo Sr. D. Jesús Caldera, Ministro de Trabajo y Asuntos Sociales, por cuenta de la gerencia del Instituto de Mayores y Servicios Sociales, el famoso Imserso, organismo dependiente del ministerio que «anualmente concierta con establecimientos termales la reserva de plazas en balnearios para la estancia y tratamiento de los usuarios del Programa.» La convocatoria establece una serie de requisitos que deben cumplir aquellas personas que lo deseen para poder participar en el Programa. A saber:

- * Ser pensionista del Sistema de la Seguridad Social por los conceptos de jubilación y de invalidez y también por viudedad y otros tipos, aunque en estos casos únicamente se podrá ser beneficiario cuando se hayan cumplido los sesenta años de edad.
- * No padecer trastornos mentales graves que puedan alterar la normal convivencia en los establecimientos. Tampoco se admiten solicitantes que padezcan enfermedades infecciosas.
- * Poder valerse por sí mismo.
- * Certificado médico de precisar los tratamientos termales solicitados y de ser apto para ‘soportarlos’.⁴

La oferta de paquete turístico lanzada al mercado jubilar por el Ministerio no tiene mala pinta, no señor. Para empezar se ofrece alojamiento y manutención en régimen de pensión completa y habitación doble con una duración por turno de 12 días, comprendiendo 11 noches (coño, como nosotros pero ocho noches más). Luego, por supuesto, están “los tratamientos”, que incluyen, además de un reconocimiento médico al ingresar en el balneario, un tratamiento termal básico (definido como «aquel que, en cada caso, prescriba el médico del balneario») y seguimiento especializado del mismo incluyendo informe final. Además, el texto de la convocatoria oficial garantiza que los establecimientos hoteleros donde transcurrirá la estancia «se encuentran, en la mayoría de las estaciones termales, en el mismo inmueble en donde se efectúa el tratamiento termal». Así como que dichos establecimientos dispondrán, como mínimo, de los siguientes servicios: habitaciones dobles con instalación de baño completo o ducha, agua caliente y calefacción (esto último sólo se garantiza para los balnearios con turnos de primavera, otoño e invierno), comedor, sala de televisión, salones sociales para la realización de actividades recreativas –léase salones de baile, que hacen furor entre la afición senatorial–.

En esta edición de 2008 del programa los precios por plaza y turno de doce días oscilaban entre los 229 euros en las ofertas más baratas (meses de noviembre a marzo) y los 396 las más caras (de abril a octubre).⁵ De modo que, mientras nuestra escapadita termal de tres noches nos sale a 100 euros por cabeza, nuestros vecinos de balneario pagan un total de 343,20 por once noches, es decir, 31,2 euros la noche. Tres veces menos. (Eso sí, los gastos ocasionados por los desplazamientos de ida y vuelta a las estaciones termales corren por cuenta de los eventuales beneficiarios). Fabuloso, ¿no? Fabuloso negocio gubernamental este de los chorrillos subvencionados para jubilados y pensionistas. Sobre todo cuando se considera la amplísima oferta: un total de 84 establecimientos repartidos a lo largo de 14 Comunidades Autónomas.

Galicia es la que oferta un mayor número de plazas y establecimientos (las Termas Romanas de Lugo, las Caldelas de Tuy, en Pontevedra), pero también Cataluña (Caldes d’Estruc, en Barcelona; Comarruga en Tarragona), Andalucía (las famosas aguas de Lanjarón, en Granada), la Comunidad Valenciana (Chulilla, Fuentepodrida) y

Extremadura (Baños de Montemayor, en Cáceres). Castilla-León ofrece el Retortillo en Salamanca o Las Caldas de la Luna en León; Aragón trae Paracuellos de Jiloca y La Virgen de Jaraba, en Zaragoza, y Cantabria, Liérganes, Puenteviesgo y la Alceda. El País Vasco ofrece Cestona, en Guipúzkoa, Navarra los baños de Fitero, y Murcia los de Archena. En Castilla-La Mancha se ofertan plazas en balnearios de Albacete (La Esperanza en la localidad de Reolid y los Baños de Benito en Salobre), Cuenca (Alcantud) y, para la provincia de Ciudad Real, el de Fuencaliente y este balneario nuestro, el Cervantes de Santa Cruz de Mudela.

Cierto que la oferta anual de plazas varía enormemente entre los distintos establecimientos: mientras que el recoleto Palacio de las Salinas de Medina del Campo oferta únicamente 120 plazas, en Valencia los Hervideros de Cofrentes ofertaban 9.400 (doblemente bien puesto tienen el nombre, pues aquello, en agosto, debe ser sin duda un hervidero). Si cruzamos esta información relativa al número de plazas con los datos de precios incluidos en la lista de balnearios participantes en la convocatoria mediante unas cuentas muy sencillas, podemos estimar, *grosso modo*, el monto anual total, en euros, de los ingresos netos de la industria hotelera española obtenidos directamente a cuenta de la operación social-termal del Imsero. La suma total de plazas anuales ofertadas es de 159.972; siendo que cada plaza ofertada equivale a once noches de hotel y considerando un nivel de solicitudes compatible con una ocupación del 100% (la convocatoria establece el consabido protocolo de la ‘lista de espera’ para gestionar el más que probable exceso de demanda: ya se sabe como se las gastan los que han sufrido los rigores de la posguerra, ‘los años del hambre’, en cuanto escuchan la palabra *gratis*), la oferta anual total de noches de hotel es de 1.759.692. Como el precio medio de la noche de hotel balneario subvencionada por el Imsero era de unos 26 euros (primera convocatoria de 2006), la facturación hotelera prevista ascendería a 45.751.992 euros. (Trasladado en números redondos –que siempre son alcistas– a la denominación monetaria que era de curso legal en España a finales del pasado siglo XX: alrededor de 7.600 millones de pesetas). Teniendo en cuenta que en la convocatoria de 2008 el precio medio por noche había ascendido a 28 euros⁶, la cifra global, redonda redondita, sería de unos 50 millones de euros. Esto es: subvenciones aparte, el sector balneario de la industria de servicios turísticos ingresará en 2008 alrededor de cincuenta millones de euros (unos ocho mil millones de las antiguas pesetas) directamente del bolsillo de la

masa de abueloides nacionales agraciados por sorteo-evaluación del Programa de Termalismo Social del Imsero. (El otro gran paquete vacacional que promueve y patrocina este organismo público bajo la rúbrica de ‘Programa de Vacaciones para mayores y para mantenimiento de empleo en las zonas turísticas’, debe, me figuro, generar cifras contables bastante más elevadas⁷). No esta nada mal el negocio, no señor.

* * *

Tras el baño de esta mañana en las bañeras romanas, hemos caminado solos por los pasillos del balneario buscando a quien nos pudiera informar sobre dónde debíamos tomar el chorro y lo demás. Hemos entrevisto en esta zona cierto cuarto donde habían una serie de máquinas blancas en las paredes. “Sala de aerosoles” ponía. Ahí es donde gasean a los viejecitos, he pensado en plan coña. A la noche, hablando por el móvil con un amiguete de Madrid, le he mencionado lo de la sala de aerosoles y lo hemos dejado pasar sin más, con medio capotazo de desprecio. (Durante uno de esos tratamiento con aerosoles, el padre de mi amigo, de vacaciones en un balneario de la costa murciana, se pilló el hongo pulmonar que lo mató).

* * *

Segunda sesión de piscina activa (32°C de temperatura, 50% de humedad). ¡Al fin lo saqué! ¡Estamos de visita en el mundo de *Cocoon*! ¡Capullos! Esta exitosa peli de Hollywood, dirigida en 1985 por Ron Howard –el de *Regreso al futuro*, *Una mente maravillosa*, etc.– cuenta la historia de un grupo de desvencijados octogenarios y nonagenarios estadounidenses de clase media que pasan los últimos años de su vida en un *tourist resort* de la costa de Florida. Un día se cuelan en la piscina de una mansión de ricachones y allí descubren unas aguas milagrosas (*¿viagrosas?*) que les devuelven la vitalidad y el vigor perdidos. En el fondo de la piscina, un grupo de rescate alienígena ha depositado una especie de ostras gigantes sacadas del fondo del mar que resultan ser las cápsulas de supervivencia de un comando de exploradores extraterrestres pioneros que se perdieron hace millones de años en el planeta Tierra. Las ostras mantienen con vida a los astronautas antiguos pero, con cada baño, los jubilatas yanquis les chupan parte de la energía de reserva. Unos rejuvenecen mientras los otros perecen poco a poco.

Al final, el jefe alienígena de la unidad de rescate prohíbe a los abuelos que sigan bañándose en la piscina. Mas, en su afán de recuperar la salud y el vigor físico, los viejitos logran, *in extremis*, hacer un pacto con el líder de los marcianos. Dejarán de bañarse en la piscina a cambio de... ascender a los cielos abducidos por una nave nodriza que viene a llevarse a los extraterrestres a su planeta. Todo ello, por supuesto, previa abjuración de los dones de la vida terrena. Y así, en el clásico estilo del brote milenarista, vemos a uno de los jubilatas que liquida su cuenta bancaria y luego va regalando los billetes por la calle. La escena final del filme transcurre en el cementerio donde se oficia el funeral por los abuelitos desaparecidos, muertos o abducidos. Mientras el sacerdote recita una oración fúnebre, el nieto de uno de ellos mira al cielo y sonríe. Como en el cuento del *Flautista de Hammelin*, donde el niño cojito, incapaz de seguir la marcha de sus compañeros, se rezaga y queda fuera de la cueva-prisión, en la historia de *Cocoon* el único viejito que se niega a desprenderse de sus dólares y embarcarse hacia el otro mundo, también tiene una discapacidad aparente que le anula el impulso suicida: es un judío notoriamente carca («al final de la partida queréis volver a barajar»), cagueta («yo no me baño en esa piscina») y patriota («este es el mundo al que pertenezco»).



Los extraterrestres de las piscinas de Florida se llevan a los jubilados españoles al planeta sueco de la eterna juventud. Acostumbrado desde pequeño a estar en minoría, les veo alejarse hacia el cielo sin colesterol.

* * *

Además de nuestras atracciones favoritas –los rodillos, las hamacas, el lametón, el *mäelstrom* o *tsunami*– hoy hemos descubierto⁸ un nuevo chorrito: El Chiquito. Profundamente –expresamente, tal vez– relegado al pie de una de las columnas del fondo, hay en la pared lateral del muro norte de la piscina un surtidor submarino de gran potencia que produce una corriente tremenda en dirección al centro de la pisci. Si uno intenta caminar contra esta corriente, las extremidades y el cuerpo se doblan graciosamente hacia los lados, adoptando el cuerpo de manera involuntaria muecas absurdas y caprichosas que recuerdan a las que hizo famosas el humorista malagueño Chiquito de la Calzada. Uno lucha contra la corriente diciendo (haciendo) eso de “cobarrrrderrr, pecadorrrrl de la pradera, fistro qu’ere un fistro... no puedo, no puedo...”⁹

¿Cómo finaliza una sesión en la piscina activa? Al final llegó la socorrista, le dio a un botón de un minúsculo mando a distancia, más pequeño aún que el estándar de los televisores, y los chorritos se fueron apagando lentamente.

Los abuelillos estos del balneario, sin duda los más animados de entre los suyos, los que no se quedan en casa ni muertos, los que quieren probarlo todo antes de morir, los señores y las señoras de pueblo, obreros preestablecidos ya reestablecidos, con los hijos bien colocaditos y los nietos bien dormiditos, creciendo todos, son tan vitales, me parecen tan alegres, que es como si fueran de otro país. No, mejor: estas gentes son real, literalmente de otro planeta. Algo aquí, en el balneario de los jubilatas a la romana, transmite auténtica enseñanza filosófica. La buena nueva, la *metafísica turística*, proviene aquí del *saber ser* del agua. La blanda fuerza del viejo es su ternura, como la del agua. El ser agua del ser hombre viejo es su extrema debilidad y su irresistible vitalidad. Presencia de ánimo, la esencia animal es agua.

Una mañana, durante el desayuno, escucho en una mesa junto a la nuestra a cinco señoras –entre ellas esta la viejecita de Sanse– que interpelan a un señor (siempre en altiva minoría a estas alturas: ese el futuro de nuestra raza, muchachos) sobre objetos perdidos y tesoros encontrados. El señor encontró en un viaje un reloj caído en el suelo del autobús en que viajaba con un grupo de gente y preguntó si era de alguien.

Inmediatamente *una señora* dijo que el reloj era suyo y se lo quedó. Lo hice mal, confiesa el señor: tenía que haberle preguntado de qué marca era, a ver si lo sabía; estoy seguro de que no era suyo. A continuación, la mujer del señor que habló cuenta que una vez, hará más de treinta años –más de treinta y más de cuarenta, le corrige otra– se encontró un fajo de billetes en la calle. Cincuenta mil pesetas de las de entonces, todo un premio gordo. El suelo estaba mojado y el papel húmedo, casi no parecía un tesoro.

Así son estas gentes, afortunadas y macilentas como un fajo de billetes encontrado tirado en la calle mojada de un pueblo de la provincia de Jaén. O de Ciudad Real.

* * *

Tercer y último día de estancia vacacional. Hoy tenemos un programa compuesto por: mascarilla facial (sólo para ella, que además tendrá un masaje facial añadido en canje por mi imposible mascarilla: gracias, oh, barba ricardiana), y luego, a partir de las 12:30h., baño de vapor, ducha escocesa (¿qué será eso?) e hidromasaje caliente. Por la tarde de 18:30h. a 19:30h., nuestra sesión final en la maravillosa piscina de los extraterrestres suecos. Al cabo, la ducha escocesa ha resultado ser una mariconada de chorritos de agua caliente y fría en alternancia topológico-secuencial. El baño de vapor nos lo han dado en una especie de sauna de infrarrojos y el baño de burbujas, que estaba guáis, se hacía conjugando bañera de agua caliente y bañera de fría. Todo ello sin extremismos, por supuesto: en el planeta Cocoon-Imsero, el mundo de los viejos capullos y los chorritos computerizados, no se admiten salvajadas. En esta sesión me ocurrió un suceso fotográfico hartamente banal que sin embargo me gustaría relatarles.

Al salir de la ducha escocesa cogí la cámara de fotos digital que traía AnaEva en el bolsillo de su albornoz. Quería sacarle una foto –está tan buena– en el trance de introducirse en el baño de burbujas de la piscina caliente. Una empleada del balneario que me ha visto esgrimir la cámara ha creído, equivocadamente, estar interfiriendo en la composición del cuadro y ha salido pitando de la sala de baños. Al notar su presencia huidiza fuera ya de cuadro he girado rápidamente la cámara hacia la izquierda y he disparado. El resultado de este segundo disparo, visto a través de la pantalla de la

cámara, confirma lo fallido de tan disparatado lance: tiro errado, foto perdida ¿O no? En la obra resultante había algo, no la prueba de un fracaso sino la presencia de una ausencia. Algo que, estéticamente, me ha llegado. La imagen de los muros lisos, desnudos y la puerta abierta de la sala de hidromasaje dibuja la forma compleja de la estabilidad abstracta, que es lo propio de lo real. Podría titularse *No le di*. Aquí está.



Sesión final en la piscina activa, sacando fotos y haciendo descubrimientos de última hora. Al tercer día se descubren por completo las cartas de la rutina, las querencias animales que hacen de lo cotidiano el fenómeno paranormal por antonomasia. Y es que el tiempo que dedicamos ahora a disfrutar de cada atracción individual se distribuye menos uniformemente que al principio. Seguramente hay algo de pérdida de novedad, todo en general nos llama menos la atención. Se observa una tendencia tan general como acusada a ir con más frecuencia hacia unos aparatos y con menos hacia otra. Nos hemos ido decantando, como las sales disueltas en el agua que van formando arenillas en el fondo de la piscina, vamos cayendo hacia una especie de centro submarino disperso por la superficie terrestre. Los del Imsero prefieren los chorritos del principio del circuito al resto de aparatos, atracciones y demás dispositivos de placer pasivo instalados en la piscina activa. Seguramente, observa Ana, cuyo espíritu detectivesco es notablemente superior al mío, algunas de estas personas, sobre todo las mujeres, no saben nadar y por eso no se aventuran a atravesar la piscina para conectarse a los demás puntos de acción terapéutica. A ella tampoco le van ya casi nada las tumbonas, y los asientos-rodillo se ve que le hacen gracia relativa. Es en los chorritos donde realmente se lo monta, igual que los del Imsero pero por razones diferentes: dice que le vienen muy bien para quitarse las contracturas del glúteo –ñam, ñam–, el muslo, la rodilla, la pantorrilla y el tobillo de su pierna derecha. Yo por mi parte tengo una querencia desafortada por el Maelstrom.

Con el chorrizo que he apodado ‘El Chiquito de la Calzada’, el que sirve para caminar contracorriente haciendo ‘¡¿Comooooorr?!’ y ‘¡Norrri!’’, AnaEva –esta mujer tiene el alma de colores– ha estado haciendo unos experimentos fabulosos. Observa y me lo muestra como la potencia del agua inyectada barre la piel de los muslos con una fuerza tal que parece como si un huracán limpiara uno a uno, a velocidad extrema, los granos de una duna caliente. Carne, agua y arena: definitivamente, nos decantamos.

El final de la última sesión. Nuevamente la socorrista acciona el telecomando y se van parando los motores. El murmullo de las burbujas se acalla lentamente hasta que se hace escuchar un silencio casi plano salpicando las voces que ascienden de lo profundo de los chorritos. Me gusta este final musical en descenso y me pregunto si los ingenieros y diseñadores industriales suecos, finlandeses y japoneses están ya trabajando en sistemas programables capaces de extraer la riqueza tonal albergada en el motor de la bomba de agua que nos soba las carnes.

En la noche fría de la Mancha ella me enseña el cinturón de Orión, *the Star Warrior*. Está hecho con tres puntos de luz situados muy próximos entre sí, formando un estrecho segmento diagonal en la línea del universo. Sobre el cinturón se adivinan los enormes brazos del guerrero y, bajo él, luminarias cósmicas sitúan las piernas. Bajo la figura singular del guerrero estrellado se encuentra el manantial de la eterna jubilación en fiestas. Termalismo social, lo llaman los pobristas. Turismo de salud, le dicen los mercaderes. El mundo de los chorritos.

(En el balneario, junto a los del Imsero y las parejitas como nosotros, se alojaba también un joven solitario. AnaEva dice que le recuerda a un joven que conoció, un paciente suyo de la consulta que tenía graves problemas para salir del armario. Se trata, tal vez, de un seminarista del pueblo en plena crisis vocacional. En plena crisis de pareja, vamos).